

MUERTE EN UNA ESTRELLA SHOOTING STAR



SERGIO D. ELIZONDO

MUERTE EN UNA ESTRELLA

SERGIO D. ELIZONDO



Arte Público Press
Houston, Texas

Muerte en una estrella / Shooting Star is made possible through a grant from the City of Houston through the Houston Arts Alliance.

Recovering the past, creating the future

Arte Público Press
University of Houston
4902 Gulf Fwy, Bldg 19, Rm 100
Houston, Texas 77204-2004

Cover design by Mora Design

Elizondo, Sergio D.

Muerte en una estrella = Shooting star / by Sergio D. Elizondo ;
translation by Rosaura Sanchez and Beatrice Pita.

p. cm.

English translation with original Spanish text.

ISBN 978-1-55885-786-5 (alk. paper)

1. Mexican Americans—Texas—Austin—Fiction. 2. Police
brutality—Texas—Austin—Fiction. I. Sánchez, Rosaura, translator.
II. Pita, Beatrice, translator. III. Elizondo, Sergio D. Muerte en una
estrella. English. IV. Title. V. Title: Shooting star.

PQ7298.15.L54M8413 2014

863'.64—dc23

2013038012

CIP

∞ The paper used in this publication meets the requirements of the American National Standard for Information Sciences—Permanence of Paper for Printed Library Materials, ANSI Z39.48-1984.

Primera edición / First edition © 1984 Tinta Negra Editores S.A., San Antonio Abad 209, C.P. 06800 México, D.F.

© 2014 by Sergio D. Elizondo
Printed in the United States of America

Para Sean Santiago Elizondo

❧ ❧ ❧

For Sean Santiago Elizondo

Contenido / Contents

Muerte en una estrella 1



Shooting Star 149

English translation by Rosaura Sánchez and Beatriz Pita

I

Oscar Balboa, 16 años de edad y Valentín Rodríguez, 19, andaban de batos locos desde que llegaron a Austin esa tarde de sábado; con permiso del campo de entrenamiento en Gary, cerca de San Marcos, en un verano cálido y húmedo en la tierra conquistada de los mexicanos, Texas. Vestidos con ropa bien limpia y planchadita, pantalón azul y camisa blanca, zapatos negros, cabello negro brillante, ojos negros y grandísimos y fulgurantes, piel café dorada y voz de jóvenes chicanos que hablan más español que inglés.

Se dirigieron al barullo de un circo cerca del río que atraviesa la ciudad de oeste a este. En ese preciso lugar desemboca la parte norte la calle South First, es una cruz geográfica que se distingue por la ubicación del gran auditorio de la ciudad, pero yo, el guitarrista de este corrido, me estoy cansando de esta narrativa directa que ha sido menester darte, pues hay otras fuerzas y recovecos de la creación en el cerebro que me gritan por salir.

En la parte norte, en el lugar de la universidad, alguien lleno de información, empezaba a escuchar los primeros compases de la “Cuarta Sinfonía” de Mahler. En esta universidad no hay chicanos, mi guitarra lo sabe y lo dice, una vez estuvo allá de contrabando entre un grupo de hippies que temporalmente aceptaban el color de pieles diferentes. El sonido no llegaba a la esquina del río y la South First, pero yo, que conozco las cuerdas, hice la conexión sin que Miles, el jefe de la policía, ni Connally, un gobernador, supieran que la estiré por toda la calle Guadalupe,

teniendo que dar vuelta en la Riverside para llegar al punto que esta noche, a las 10:34 se teñiría de sangre roja chicana, Balboesca y Rodriguesca, el zacate verde.

Los batos caminaban cantando bonito cuando hablaban en los momentos que tardaron en llegar a la periferia del circo. Hacia el sur del centro de la cruz el gringuerío llenó de humo el ambiente que emanaba azulado de cuarenta mil barbecue pits donde se preparaban a asar carne de res. La limonada sudaba en las jarras de cristal mientras los texanos de gafas oscuras y panza por encima del cinturón se informaban de las ganancias de la semana. Al seis por ciento se vendieron tantas casas a clientes que se han hipnotizado con la parafernalia de hipotecas, papeles en blanco y negro entre sonrisas Colgate de WASPS. Ésa es su música. ¿Cómo lo sé? Primero porque la vida me hizo filarmónico y la Alta Dama que diseñó el universo me ha prestado voz en vida, las cuerdas las saqué de empeño en el barrio y la creación me ha fluido de mis soñadores antepasados mexicas y sefarditas. Ahora canto porque la guitarra me obliga.

En la parte oeste de la ciudad, la gabachada pseudo-cowboy tragaba cerveza amarga y escuchaba a patos cantar su country western, ajena al ruido de la vida a orillas del río. Coors, el cervecero de Colorado, sí, ese que “se hizo rico con la labor barata de la raza”, estaba contento hoy. Volaba en el helicóptero de la policía de Denver; equipado con luces halogen buscando chicanos en la calle de la Cruzada por la justicia para matar a Corky. Mucha cerveza se ingirió esa noche.

¡Ah de áes! En la parte de Austin que da pal mar, en el oriente llamado Govalle, el barrio reía con mil bocas chicanas sentadas en los hoods de sus coches de segunda. Cada quien con su botella en la mano, güevos en los jeans y burla en el tono de la voz musical de la raza haciendo un clímax de celebración de la vida y de la muerte. Los salones de baile ya lavados con antiséptico se aprestaban a recibir a las parejas que rasparían el piso de pol-